

embocadura del río San José, en cuyo punto había construido Alouez una especie de estación de parada á la que se unió entonces un pequeño fuerte llamado Fuerte de Miamis. Al ver La Salle que no volvía el *Griffin*, el cual había naufragado en su viaje de retorno, marchó con Tonti y su gente para proseguir su escursión; cruzó el Illinois, y á poca distancia de Peoria edificó otro fuerte. Pero el tiempo pasaba sin que se recibiesen noticias acerca del barco; seguir sin víveres era imposible; los expedicionarios comenzaron á murmurar y desalentarse, y entonces La Salle dispuso que Tonti y Hennepin continuaran solos la exploración. Tomada esta medida y después de dar á su nuevo fuerte el nombre de Crèvecoeur, en memoria de sus trabajos y penalidades, separóse del resto de la expedición, y seguido tan solo de tres compañeros, volvió atrás, atravesando los vastos desiertos que le separaban de Frontenac, donde, á pesar de haber llegado casi muerto, ocupóse en nuevos trabajos para proseguir su empresa. Entre tanto sus agentes obraban con arreglo á las instrucciones que de su jefe recibían. Hennepin exploró el Mississippi hasta las cataratas de San Antonio, volviendo después á Francia para publicar una relación de sus viajes (*); pero menos afortunado Tonti, quien tenía el encargo de establecerse entre los Illinois, se vió precisado á huir á causa de verse perseguido por los Iroqueses y á refugiarse en Green Bay.

Repuesto en fin el intrépido La Salle de

(*) Mr. Sparks ha demostrado claramente que Hennepin no mereció crédito, y después de hablar de varias cosas, dice: «estos hechos, unidos á otros, son perfectamente concluyentes y prueban que el padre Hennepin engañó al mundo con un descubrimiento imaginario y una relación ficticia...» A pesar de esta grave falta, debemos hacerle justicia en otros puntos, y no hay fundada razón para dudar de la exactitud de su primer libro ni de parte del segundo, á contar desde su partida del fuerte Crèvecoeur.

todas sus fatigas, volvió con víveres y refuerzos en busca de sus compañeros; reunió á su gente dispersa, y después de construir una gran falúa, bajó por el Mississippi hasta el golfo de Méjico. Una vez en dicho punto, tomó formalmente posesión en nombre de Francia del territorio que se extiende desde la embocadura del río y le dió el nombre de Louisiana. Esto sucedió el 9 de abril de 1682.

De regreso á Francia, La Salle concibió el ardiente deseo de colonizar la fértil región que acababa de descubrir; y en su consecuencia pronto formó una expedición

compuesta de una fragata y otros tres buques, á bordo de los cuales iban doscientas personas, entre las que había eclesiásticos, individuos

de tropa, trabajadores y emigrantes que debían ser los primeros pobladores de la colonia que se trataba de formar en la embocadura del Mississippi. El éxito, sin embargo, no coronó esta empresa, pues habiéndose originado graves disputas entre Beauyeu, comandante de la flota, y La Salle, este último, que iba como jefe de la expedición, no acertó á encontrar la entrada del río, y en febrero de 1685 tuvo que desembarcar á sus abatidos y desesperados compañeros de viaje en cierto punto de la costa de Texas.

Una vez allí y aunque le fué preciso luchar contra la animosidad de los que le rodeaban, La Salle no se dejó abatir y con notable intrepidez, en el mes de abril de 1686 dirigióse, seguido de veinte hombres, en busca del Illinois, donde debía estarle esperando Tonti; pero no habiendo encontrado á su antiguo amigo en esta escursión, vióse obligado á volver al punto de partida en el mes de octubre. Sin embargo, como su única esperanza se cifraba en sacar á sus compañeros, que ascendían á unos cuarenta, del sitio en que se habían refugiado, para lo cual le era pre-

ciso encontrar un camino por tierra, volvió

á salir en el mes de enero seguido de diez y siete hombres, con objeto de llevar á cabo su desgraciada empresa. Tres de los que le acompañaban conspiraron entonces para asesinarle; dieron muerte á Moraguet, Nika y Saget, y cuando La Salle intentó averiguar qué había sido de aquellos infelices, Duhaut le descargó con su mosquete un tiro que atravesándole la cabeza le dejó muerto en el acto. Esto sucedía el 19 de marzo de 1687, y el buen padre Anastasio, después de abrir una fosa, enterró al desgraciado jefe, colocando una cruz sobre sus restos mortales (*). Mr. Gayarré, dice que La Salle fué asesinado hácia el sitio donde ahora se levanta la ciudad de Washington, cuya fundación se debe á los compañeros de aquel infeliz, y que la bandera estrellada ondea ahora orgullosa allí donde el primer mártir de la civilización regó con su sangre la futura tierra de la libertad (**).

Los asesinos de La Salle, que promovieron una disputa ante los inanimados restos de su jefe, fueron luego víctimas de sus mismos compañeros, y Joutel, que refiere estos tristes acontecimientos, seguido de otros cinco hombres, consiguió llegar á las orillas del Mississippi, donde encontró á dos franceses abandonados en aquel sitio por Tonti, á su vuelta de una inútil escursión que tuvo por objeto encontrar á su jefe. Los veinte hombres que habían quedado en el fuerte construido por La Salle perecieron también, y de este modo, y después de hacer los más heroicos esfuerzos, abrigando brillantes esperanzas de éxito, la proyectada colonia quedó reducida á la nada; triste fin de la

(*) Vida de Mr. Roberto Cavalier de La Salle, escrita por Spark, pág. 58.

(**) *Historia de la Luisiana*, por Gayarré, vol. I, pág. 28.

empresa de su enérgico y atrevido fundador! (*)

Entre tanto habíanse embrollado mucho los asuntos del Canadá, y á consecuencia de las graves cuestiones que se originaron entre el gobernador Frontenac y el Intendente, envióse á De la Barre en 1682 para que reemplazase al primero. Dongan, gobernador de Nueva-York, aunque encargado por Jacobo II de mantenerse con buena armonía con los franceses, puso en juego secretamente su influencia para agravar las disensiones entre ellos y sus enemigos. De la Barre convocó una asamblea á fin de que se discutiese acerca de la peligrosa situación de la provincia, y después de intentar una negociación, marchó para atacar á los Iroqueses á la cabeza de una fuerza considerable. Pero en el camino quedaron sus tropas tan reducidas y debilitadas por las enfermedades resultantes de aspirar los miasmas deletéreos de los pantanos y de las selvas, que se vió en la precisión de concluir una paz humillante con aquellos enemigos sobre los que pensaba obtener una brillante victoria. Accediendo á sus deseos, presentáronse después en su campamento los jefes de las Cinco Naciones, mas aunque quiso intimidarlos, entonces no pudo tampoco conseguir nada, y antes bien por el contrario, dícese que uno de aquellos indómitos guerreros, personificando á De la Barre en Onondio y al gobernador inglés en Corlear, pronunció el siguiente discurso: «Escucha, Onondio; yo no duermo, mis ojos están

(*) El Mississippi fué, sin embargo, recorrido después constantemente por los mercaderes y los misioneros. Un buque español mandado por Pes penetró mas tarde en la embocadura del río; pero en 1699, el canadiense Iberville, mas afortunado que La Salle, lo recorrió en compañía del padre Anastasio Donay, compañero de viaje del malogrado aventurero. Los misioneros del Canadá fueron á felicitarle; y La Soeur llegó hasta Saint Peter River, donde construyó un fuerte barco.—*Descubrimiento y exploración del Mississippi*, por Shea's, pág. 39.

abiertos, y el sol que me ilumina, me permite ver un gran capitán que habla como si estuviese soñando. Él dice que vino tan solo á fumar la pipa de paz con los Onondagas; pero Garrangula manifiesta que él vé lo contrario, y que su objeto era herirnos en la cabeza si las enfermedades no hubiesen debilitado los brazos de los franceses. Nosotros llevamos á los ingleses á nuestros lagos para que traficasen con los Utawawas, así como los Adirondacks trajeron á los hijos de Francia á nuestros fuertes para hacer un comercio que los ingleses proclaman como suyo. Nosotros hemos nacido libres; no dependemos ni de Onondio ni de Corlear, y podemos ir donde sea nuestra voluntad y comprar y vender lo que queramos. Si vuestros aliados son esclavos, tratadles como á tales, mandándoles que no reciban á nadie mas que á vuestra gente. ¡Escucha, Onondio! lo que yo digo es la voz de las Cinco Naciones: cuando sus hijos enterraron el hacha en medio del fuerte, plantaron en el mismo sitio el *árbol de la paz*, para que en vez de ser aquello la mansión de la guerra, fuese un punto de reunion para los mercaderes. Cuida de que tus soldados no tronchen ese árbol, porque sus ramas cubrirán entonces vuestro país y el nuestro. Yo te aseguro que nuestros valientes guerreros bailarán á su sombra, y no desenterrarán el hacha para contarlo hasta que Onondio ó Corlear invadan el país que el Gran Espíritu legó á nuestros antecesores.»

El marqués de Denonvilles, que sucedió á De la Barre en 1684, trajo consigo quinientos ó seiscientos soldados, y entonces **1684.** se construyó un fuerte en Niágara para cubrir el camino del Canadá á través del lago Erie y tambien para tener en jaque á los hostiles Iroqueses, cuya medida fué causa de que se aumentara la envidia y mala voluntad de los ingleses. Al poco tiempo or-

ganizóse una expedición al mando de Denonville contra los Sénecas; pero aunque **1687.** las tropas penetraron en el país, asolándolo todo, los Iroqueses amenazaron por su parte invadir el territorio, y sus enemigos se dieron por contentos con obtener la paz, entregando su fuerte y prometiendo **1688.** devolver los prisioneros de que se habían apoderado por traición. A esto siguió una corta tregua, pues al poco tiempo, avanzaron los Iroqueses á la altura de Montreal, mataron mucha gente é hicieron una **1689.** porción de prisioneros, sembrando el terror hasta las mismas puertas de Quebec.

En resumen, no puede decirse que el Canadá hubiese progresado, por mas que los franceses hicieran prodigios en sus exploraciones y en su continua lucha con la ferocidad y valor de los indios, sobrepujando en su empresa á los ingleses, y viéndose siempre mas espuestos que ellos. A esto debe añadirse que ni el clima ni el terreno les eran favorables; que el gobierno compuesto de militares, era muy despótico, y que el pueblo, que no pasaba de 12,000 almas, no tenia conocimiento alguno de los negocios públicos. Acadia tenia aun menos importancia, pues no constaba mas que de unos tres mil habitantes; pero atendido que tanto los indios de la península como los de la tierra baja se hallaban completamente bajo la influencia de Francia, puede decirse que esto aumentaba la fuerza material de los franceses en aquel país.

El contraste que ofrecia entonces Nueva-Francia con las colonias inglesas era por demás notable; las últimas, ocupando un territorio mucho mejor situado á lo largo de la costa, y acrecentando diariamente su energía y estímulo para acometer nuevas empresas, hacian rápidos adelantos en su próspera

situación, que les aseguraba el mantenimiento de sus justos derechos. Entre tanto los franceses, aunque siempre bravos y caballerosos, no tenían en sus colonias los elementos de fuerza y estabilidad que eran característicos en sus rivales del Nuevo-Mundo (*).

En aquella época, según dice Mr. Bancroft, los doce Estados mas antiguos de nuestra Union no contenian mucho mas de doscientos mil habitantes, de los cuales cuarenta mil se hallaban repartidos entre el Massachusetts, Plymouth y Maine; New-Hampshire y Rhode-Island con Providencia, contaban diez y ocho mil, y Connecticut de diez y siete á veinte

mil, lo cual compone para Nueva-Inglaterra un total de setenta y cinco mil almas. Nueva-York no tenia menos de veinte mil; Nueva-Gersey una mitad: Pennsylvania y Delaware unas doce mil; Maryland veinticinco mil; Virginia cincuenta mil ó acaso mas, y las dos Carolinas, que comprendian entonces la parte de Georgia, no contaban menos de ochenta mil almas (*).

Tal era la situación de los negocios públicos cuando Guillermo III subió al Trono de Inglaterra, en tanto que las colonias Americanas iban á verse envueltas en la guerra que estalló á poco entre Inglaterra y Francia.

(*) Este contraste está elocuentemente descrito por Mr. Parkman en su *Historia de la conspiración de Pontiac*, pág. 41.

(*) *Historia de los Estados-Unidos*, por Bancroft, vol. II, pág. 450.